

muy lejanas; y si se quiere verlos fielmente reproducidos, sólo puede obtenerse por medio de la fotografía. De ella nos hemos servido con tal objeto. El artista más hábil, trabajando un día tras otro, y añadiendo días á días, no llegaría á producir las perfecciones que aquélla realiza en algunos segundos.

Sólo la fotografía instantánea es capaz de reproducir fielmente los objetos en acción, como una calle animada, un mercado, un caballo galopando, un acompañamiento nupcial y los demás asuntos análogos.

Nuestros lectores podrán juzgar de la importancia de los resultados que nos ha dado, pues cada una de las fotografías que este libro contiene es un documento fiel; y propiedad tienen los documentos fieles de no envejecer nunca.

Puedo hablar á mis anchas de estas fotografías, una vez que el sol es el único autor de ellas. El sabio que desdeña las escenas pintorescas que esta obra contiene, sírvase reflexionar un momento, preguntándose si no preferiría á las montañas de libros que sobre los Griegos y Romanos poseemos, una colección de fotografías instantáneas donde figurasen con sus movimientos todas las escenas de su existencia. ¡Cuántas cosas no nos enseñarían esas fotografías, y cuán mínimo no sería entonces comparativamente lo que ahora los libros nos revelan!

En todo lo que se refiere á la reproducción fiel de los monumentos, ó de los seres, el dibujo ya es tan inútil, que debe ceder el paso á la fotografía; la cual es el único procedimiento que hoy cabe tolerar en los libros de ciencias, de historia ó de viajes; y aunque sin duda es penoso transportar á países lejanos unos aparatos de manejo delicado, ya constituye esto una necesidad de la que los sabios ó viajeros deseosos de inspirar confianza no podrán dispensarse en adelante.

Nunca debe confiarse á otro esta esencial operación; pues aunque lo técnico de la fotografía sea muy sencillo, la elección de objetos que reproducir, y el momento de reproducirlos son mucho menos fáciles. Basta examinar el mismo paisaje, el mismo monumento y la misma persona, fotografiados por diferentes operadores, para comprender cuánto pueden cambiar su aspecto la luz, el punto de vista escogido, la perspectiva y otras particularidades. En efecto, si el objetivo ha sido siempre fiel, la naturaleza ya difiere. El mismo monumento y el mismo paisaje iluminados por un sol de invierno, ó por la intensa luz de un día veranie-

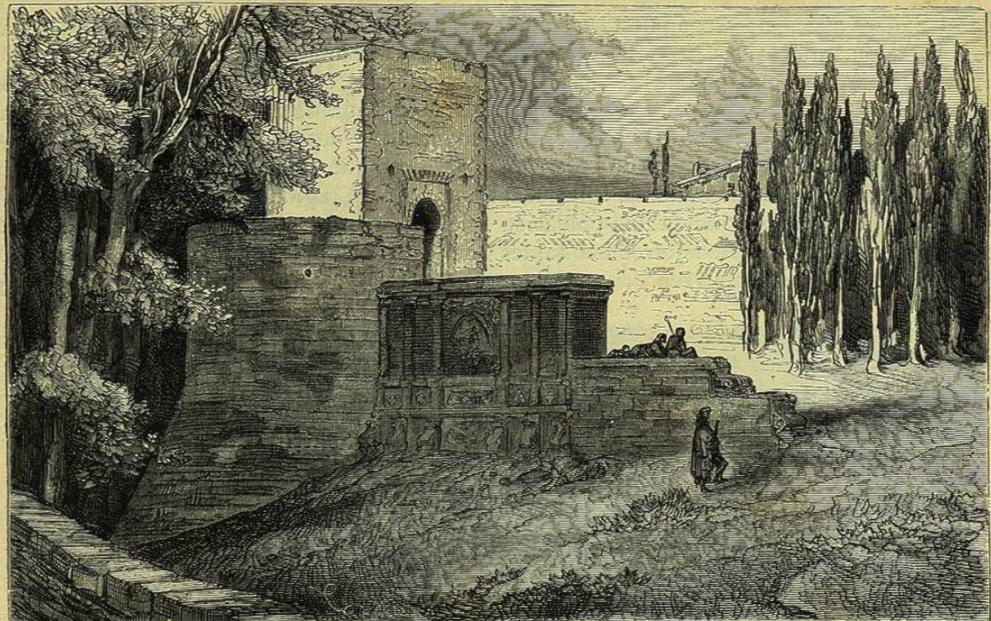
go, no parecen aquel mismo monumento, ni aquel paisaje mismo; y hasta entre la aurora y el ocaso puede transformarse varias veces en un solo día. Condición esencial es mostrarse exacto: pero no lo es menos reproducir los objetos bajo el aspecto que más nos impresionan; lo cual resume todo el arte.

A pesar de ser la fotografía base de esta obra, no por eso hemos rechazado los documentos que ya existían, cuando hemos visto que eran exactos. Así es que hemos reproducido varios dibujos de Coste, Prisse d'Avesnes, Jones, y particularmente de los autores de dos magníficos libros que actualmente se publican en España sobre producciones artísticas y arquitectónicas de la península, en los cuales también la fotografía presta servicios preciosos, una vez que el heliogravado ha trasladado los dibujos.

Terminaremos esta introducción sacando de lo que precede el método que hemos seguido en esta obra, y que seguiremos en las demás que pensamos dedicar á la historia de las civilizaciones.

Como principios generales resaltan: la necesidad de los fenómenos históricos y la estrecha relación de cualquier fenómeno con los que le precedieron; y como materiales de reconstrucción la necesidad de documentos tomados únicamente del pueblo que se estudia, y la reproducción de ellos; la descripción física é intelectual de la raza, examen del centro donde ha nacido y de los diversos factores á que se ha visto sometida; análisis de los elementos de la civilización, como instituciones, creencias, obras científicas, literarias, artísticas é industriales, é historia de la formación de cada uno de ellos. Si el cuadro de conjunto formado con estos materiales, da al lector una clara imagen de los tiempos que se quiere resucitar, habremos alcanzado el objeto que nos proponíamos (1).

(1) Tengo un deber especial de terminar este prólogo dando las gracias á las personas de cuyo concurso me he servido durante la redacción del libro, ó en mis últimos viajes. Entre otras mencionaré al señor Schefer, del Instituto (Academia), y director de la Escuela de lenguas orientales; P. Simoes, catedrático de la universidad de Coimbra; al Dr. Souza Viterbo, de Lisboa; Ch. Relvas, artista, de Gollégan, en Portugal; A. Daluin, ministro de la corte del emperador de Marruecos; Malpertuy, cónsul del consulado de Francia en Jerusalén; Dr. Suquet y conde de Podhorki, en Beirut; Schilumberger, director del Banco imperial de Damasco; Lavoix y Thierry, administradores de la Biblioteca nacional de París, y Huyot y Petit, grabadores. Cúmpleme por fin mencionar al señor Fermín Didot, en el cual he tenido la rara fortuna de hallar á un editor que no se ha amedrentado de publicar esta obra, á pesar de los grandes gastos que necesitaba: sus consejos amistosos y sus conocimientos artísticos también me han servido mucho.



Puerta Judiciaria en la Alhambra

LA CIVILIZACIÓN DE LOS ÁRABES

LIBRO PRIMERO

EL CENTRO DE LA RAZA

CAPITULO PRIMERO

LA ARABIA

I

GEOGRAFÍA DE LA ARABIA

La Arabia ha sido la cuna del islamismo y el primer foco del inmenso imperio formado por los sucesores de Mahoma.

Es esta comarca una vasta península cubierta en parte de desiertos y bañada por tres mares: el mar Rojo al Occidente, el mar de Omán y el golfo Pérsico al Oriente, y el mar de las Indias al Mediodía; y por sus extremidades occidental y oriental esta península linda con Africa y Asia.

Por tres lados, á saber, al Oeste, al Este y Sud, forman los límites de la Arabia los mares que acabamos de nombrar. Pero al Norte sus fronteras están mal definidas, pues se dilatan formando una especie de línea que partiese de Gaza, ciudad de Palestina, situada á orillas del

Mediterráneo, hasta el Sud del mar Muerto; y que del mar Muerto fuese hasta Damasco, rematando de Damasco en el Éufrates hasta la parte de este río que toca al golfo Pérsico.

Medida en su mayor longitud, el eje mayor de la Península tiene cerca de 23 grados, ó sean 2,500 kilómetros; y entre el mar Rojo y el golfo Pérsico su latitud alcanza unos 1,000 kilómetros.

La superficie total de la Arabia pasa de tres millones de kilómetros cuadrados, ó sea una capacidad seis veces superior á la de Francia.

La cifra actual de su población es incierta; pues aunque años atrás la evaluaban á diez millones, trabajos más recientes indican que no llega más que á unos cinco. La quinta parte al menos de esta población vive nómadamente.

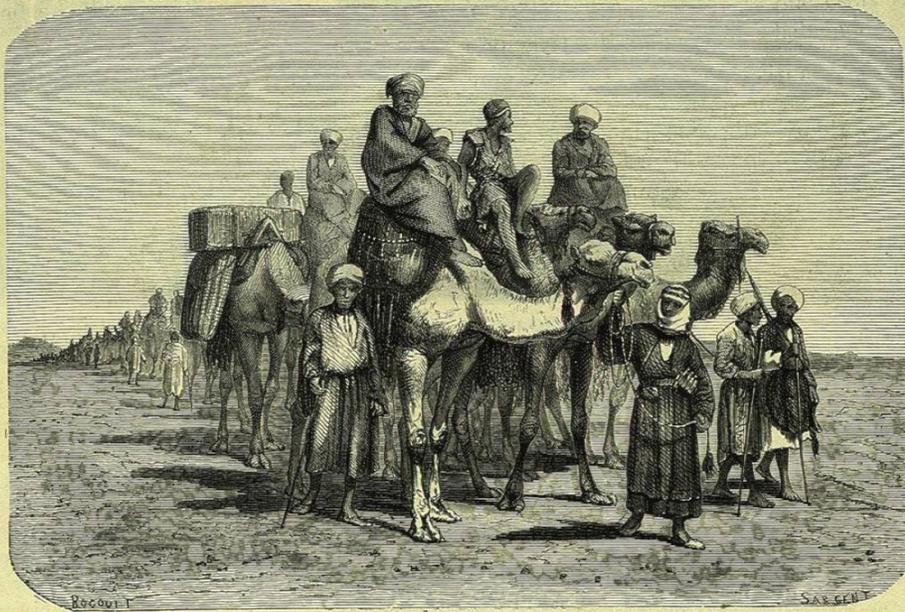
Considerada por su configuración, la Arabia viene á ser una especie de vasta meseta, pare-

cida al Sahara africano; y compuesta, al igual que éste, de llanuras áridas, arenosas, ó pedregosas, entrecortadas por regiones fértiles; dirigiéndose su pendiente general hacia el golfo Pérsico.

Cortan las inmensas soledades de la Arabia unos valles y regiones montañosas, salpicadas de ciudades y aldeas, que habita una población agrícola; y el desierto no tiene otros habitantes que los nómadas que lo recorren.

La parte central de la meseta arábiga ha recibido el nombre de Nedjed, ó país alto, y cabe considerarlo como una isla fértil que en vez de estar rodeada de agua, tuviese un cinturón de montañas y desiertos.

Créese que cerca de la mitad de la Arabia se compone de regiones fértiles; y de regiones desiertas la otra mitad; pues aunque el aspecto de los mapas parece indicar que éstas superan á aquéllas, depende de que habiéndose explo-



Caravana en el desierto, según una fotografía sacada en Egipto

rado muy poco la Arabia, los geógrafos se ven obligados á dejar en blanco las regiones desconocidas.

Contiene la Arabia muchas cadenas de montañas, que también son muy poco conocidas. La más estudiada es la que corre á lo largo de la costa oriental del mar Rojo, algunos de cuyos picos llegan á tener 2,500 metros.

Uno de los rasgos más característicos de la Arabia es la falta de grandes corrientes de agua permanentes. El cauce de los ríos permanece seco la mayor parte del año; y esos ríos secos, ó *uádi*, surcan el país en todas direcciones. Algunos *uádi*, como el de Rumina, tienen 1,300 kilómetros de longitud. Pero cuando en las épocas lluviosas quedan llenos de agua no puede comparárselos más que con los mayores ríos que se conocen.

Desde los más remotos tiempos la Arabia se

distingue por su aridez, sequedad y calor, siendo la sequedad lo que más la ha hecho sufrir siempre. Esta sequedad ha continuado aumentando, á consecuencia de la destrucción gradual de los bosques. Fenómeno es este parecido al que vemos hoy en Argel, tan fértil en tiempo de los romanos, y tan árido en nuestros días.

Sin la estación de las lluvias, que generalmente dura muchos meses, la Arabia casi sería inhabitable; pues cuando aquéllas faltan, la sequedad que de esto resulta, arruina todas las comarcas privadas de agua; y á la sequedad se une frecuentemente el terrible viento llamado *simún* ó *khamstín*.

El *simún* y la falta de agua son los dos temibles peligros que amenazan en la Arabia á las caravanas.

«La caravana que se halle en el desierto, escribe Mr. Desvergers, reconoce el *khamstín* á

los primeros síntomas que señalan su aparición; el cielo toma en el horizonte unos colores rojizos; después se vuelve gris y lívido; el sol queda despojado de sus rayos, y presenta un aspecto sangriento; y la atmósfera se cubre de una arena fina que el viento arrebatada, como la espuma del mar en un temporal. Entonces sí que es necesario huir á escape; pues pronto todo se agita bajo la furia del *khamstín*; el desierto se ahonda y se vuelve turbulento; el pecho

de los viajeros se oprime, sus ojos se ensangrientan, y sus labios se secan y encienden. Ya los camellos se disparan en un galope forzoso, ya se paran, y esconden su largo cuello en la arena, procurando evitar, apretando las ventanas de la nariz en el suelo, las emanaciones del *simún*. Si á pesar de los torbellinos que el huracán levanta, la caravana no pierde el camino, llega á abrigarse en las sinuosidades de algunas rocas, donde espera con seguridad que la calma



Un pozo en el desierto, tomado de una fotografía

reaparezca; pero si se pierde en la inmensidad del desierto, si se halla demasiado lejos de un refugio, ó la tempestad redobla su ímpetu, los hombres y los animales pierden toda su energía y hasta quedan privados del instinto de la propia conservación. Oprimidos entonces por aquel calor abrasador, sobrecogidos del vértigo, no pueden huir más, y pronto la arena que va amontonándose en torno de ellos les sirve de tumba, hasta que otra tempestad remueve de nuevo las olas del desierto descubriendo sus huesos blanqueados.»

En el interior de Arabia la temperatura es generalmente bastante elevada, y en el desierto no baja casi nunca de 43 grados, de día, y de 38 durante la noche. En las regiones montañosas, ó en aquellas que están cerca del mar, la temperatura no tiene nada de rigorosa. Niebuhr

no vió en el Niemen que el termómetro durante los últimos días de julio pasase de 29 grados centígrados; y en Saná hiela durante el invierno.

Sin embargo, no se halla en toda la Arabia aquella sequedad y clima ardiente de que hemos hablado, y regiones existen, tan grandes como importantes Estados europeos, que son extremadamente fértiles. Tal es por ejemplo el Yemen, y lo mismo Nedjed, cuyo clima, según Palgrave, es uno de los más saludables del globo.

Los desiertos de Arabia se componen tan sólo de extensas llanuras de arena, donde, á pesar de esto, se hallan algunos pozos, y también oasis plantados de palmeras y cubiertos de pastos.

Recorren de continuo el desierto algunas tri-

bus nómadas; pues la vida del desierto, que parecería de lo más horrendo á un europeo, tiene tantos hechizos para el nómada, que la prefiere á las demás; lo cual no data de ayer, siendo los nómadas de hoy hijos de los árabes de quienes nos habla la Biblia: por eso aun conservan las aficiones, las costumbres y trajes de éstos.

El corto resumen que precede nos demuestra que el clima y el suelo de Arabia varían, según la región. Por consiguiente las condiciones de

existencia, y la flora y la fauna deberán también cambiar; siendo necesario suponer que hallaremos diferencias muy grandes entre los habitantes de aquellas diversas comarcas.

II

PRODUCCIONES DE LA ARABIA

Entre las producciones más importantes de la Arabia hay que citar los dátiles y el café.



Los camellos de carga, según una fotografía sacada en Egipto

Aquellos frutos componen el más importante recurso alimenticio de los habitantes, y el café su principal riqueza de hoy.

Además posee la Arabia otros productos especiales, como el incienso, la pulpa de la cañafístola, el sen y el bálsamo de la Meca, que son objetos de comercio para ella desde tiempos muy remotos.

En razón de las diferencias climatológicas de la Arabia se hallan aquí los productos de los climas cálidos, al mismo tiempo que los de los climas templados; llegando de este modo á producir aquel suelo algodón, caña de azúcar, sicomoro, fresno, etc., etc.

Los árboles silvestres escasean mucho, y la palmera es el árbol más conocido, y el que da á los paisajes orientales un carácter más especial.

Hállase en las regiones fértiles de Arabia la mayor parte de árboles y plantas cultivadas en

Europa, como el melocotonero, el albaricoquero, la higuera, el almendro, la viña, el trigo, el maíz, la cebada, el mijo, la haba, el tabaco y otros. En el Yemen la caña está bien cultivada, aunque el trabajo sea muy penoso á causa de la necesidad de regar continuamente la tierra con el agua que se recogió en pozos ó depósitos cerrados, durante la estación de las lluvias.

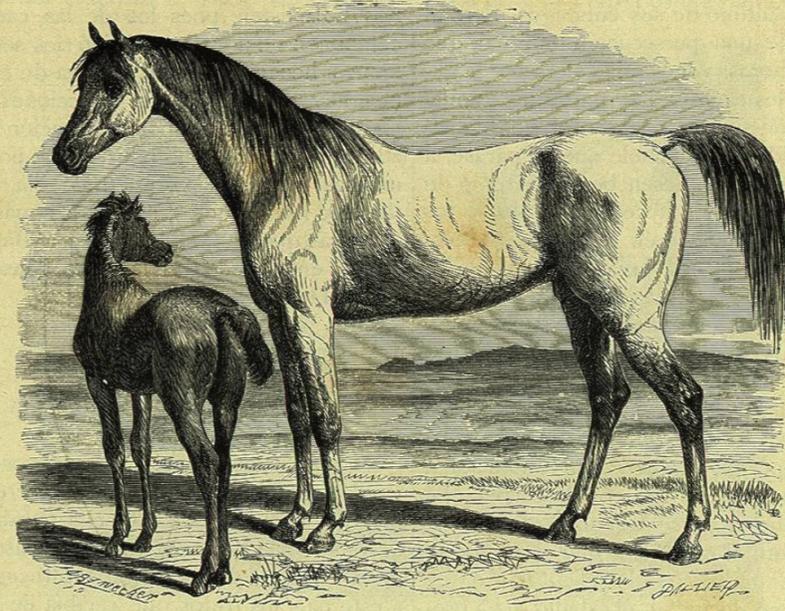
Los animales domésticos conocidos en Europa como el mulo, el asno, el buey, el cordero, la cabra, etc., etc., lo son igualmente en Arabia, y además andan también por ella fieras, como el león, la pantera, el leopardo y otras.

Sin embargo, las fieras distan mucho de ser los animales más temibles de la Arabia. Son los más temibles las langostas, las cuales la asuelan á veces de un modo terrible; aunque no por eso dejan de tener su utilidad, pues con frecuencia son en el desierto el alimento ordinario

de los viajeros y de sus monturas, durante muchas semanas.

Entre los animales que viven en la Arabia los dos más importantes para el hombre son el caballo y el camello. El camello es para los árabes el animal doméstico por excelencia, pues sin él no podría de ningún modo atravesar el desierto: su frugalidad, su aptitud para sufrir la sed muchos días, su resistencia para las fatigas y su fuerza lo hacen irremplazable, lo mismo

como montura que como bestia de carga. Todo camello puede atravesar el desierto de Alepo á Bassorah llevando encima una carga de 500 libras, á pesar de no comer ni beber casi nada, pues su frugalidad es verdaderamente tan prodigiosa, que llega á vivir de alimentos que ningún otro animal podría tolerar. Por mi parte no he podido nunca ver sin admiración cómo un camello comía tranquilamente las hojas del cacto que orillan los caminos, haciendo caso omiso



El caballo árabe

de las enormes púas de que están erizadas.

En cuanto al caballo árabe, su reputación es universal; y como se le ha descrito ya muchísimas veces, me reduciré á copiar una de las pinturas mejor hechas, debida al autor que ya hemos citado más arriba. «El caballo árabe es fuerte, nervioso y ligero; muéstrase orgulloso de su independencia; anda errante con toda libertad por los pastos, y tiene el tipo de las formas elegantes y de las cualidades perfectas. Su cabeza seca y pequeña, la niña de sus ojos ardiente, las ventanas de su nariz anchas, lo elevado de su cruz, sus ijares redondeados y cortos, su grupa algo larga, su cola tirada hacia atrás y sus piernas delgadas y nerviosas le dan sobre todos sus rivales la palma de la hermosura; al mismo tiempo que su docilidad, valor, frugalidad y ligereza le dan la supremacía sobre nuestras razas más estimadas de

Europa. Los Beduinos cuentan cinco razas nobles de caballos, descendientes, según sus tradiciones, de las yeguas favoritas que montaba su Profeta; y cada vez que nace un potro de raza noble, se reúne en una tienda de campaña cierto número de testigos, los cuales levantan acta de las señas del recién nacido, como también del nombre y descendencia de su madre. Este árbol genealógico, debidamente sellado y firmado para mayor autenticidad, se mete en una bolsita de cuero que suspenden del cuello del caballo; el cual desde aquel momento ocupa un lugar entre los corceles preciosos, cuya posesión es tan envidiada que á veces se la han disputado dos tribus haciéndose la guerra.

»Depende este amor de que en el desierto frecuentemente la ligereza del caballo salva la vida del guerrero; y Burckhardt refiere que en 1815 una partida de Drusos, bien montados,